

Retiro: **LLAMADOS Y ENVIADOS... COMO MARÍA**

(Extraído de la Revista Orar, nº 143)

HÁGASE EN MÍ SEGÚN TÚ PALABRA,
HÁGASE EN MÍ SEGÚN TÚ SUEÑO,
HÁGASE EN MÍ SEGÚN TÚ QUIERAS,
HÁGASE EN MÍ TU AMOR.

En la luz o en la tiniebla,
en el gozo o el dolor,
en certezas o entre dudas,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

En la riqueza o la nada,
en la guerra o en la paz,
en la fiesta o en el duelo,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

Envuelta en miedo o sosiego,
en silencio o con tu Voz,
en risas o entre sollozos,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

En la muerte o en la vida,
en salud o enfermedad,
frágil o fortalecida,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

VER:

Continuando nuestra reflexión sobre la necesidad de sentirnos llamados y enviados por el Señor para ser discípulos y apóstoles suyos en nuestro mundo, en nuestros ambientes, en este mes de mayo vamos a centrar nuestra reflexión en María, porque ella vivió como nadie el saberse llamada por el Señor, el saberse humilde discípula suya, y también el saberse enviada a colaborar en la obra redentora de su Hijo dando testimonio de fe, de escucha y de oración. Desde su plena y total confianza dijo: ¡HÁGASE!, SEÑOR.

Dentro del Itinerario Diocesano de Renovación, en nuestra Diócesis de Valencia, D. Miguel Payá Andrés nos ha ofrecido su último libro, titulado “María, de Nazaret a Valencia”. Recoge unas cuantas de las advocaciones de la Virgen, y ésta aparece con diferentes nombres, caras, vestidos... etc. Sin embargo, la Virgen María es la misma.

Por encima de tantas devociones, conviene recordar que María era una muchacha que vivía en un pueblo de Galilea llamado Nazaret. Su padre se llamaba Joaquín y su madre Ana. Era una familia humilde y sencilla de aquella época.

Siendo muy joven se prometió en matrimonio, como era costumbre, con un carpintero llamado José.

Dios se fijó en ella para ser la madre de su Hijo y ella aceptó generosamente su voluntad, sin pensar en las consecuencias que este hecho le acarrearía. Su marido, José, permaneció a su lado y juntos superaron las dificultades de un camino que no fue fácil.

Como ya dijo el Vaticano II, Apostólica Actuositaten, nº 4: *“El modelo perfecto de la espiritualidad apostólica es la Santísima Virgen María, que mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajo, estaba constantemente unida a su Hijo y cooperó de modo singular a la obra del Salvador”*.

Todos los segundos domingos del mes de mayo celebramos en Valencia la fiesta de la Virgen María como Nuestra Señora de los Desamparados, una de sus muchas advocaciones, en un primer momento del retiro, os propongo una sencilla reflexión:

- ¿Cómo me imagino a María, hay alguna advocación a la que tenga especial devoción? ¿Por qué?
- ¿Qué sé de la Virgen María? ¿Qué diría de ella a alguien que me preguntase?
- ¿Qué es lo que más me llama la atención de su vida? ¿Por qué?

JUZGAR:

La Anunciación - Lucas 1, 26-38.

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando a su presencia, dijo: —Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres.

Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

—No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel: —¿Cómo será eso, pues no conozco varón?

El ángel le contestó: -El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó: —Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Ante el saludo del ángel, María se turbó y se preguntaba qué significarían aquellas extraordinarias palabras y, en concreto, la expresión “llena de gracia”.

La Anunciación es la revelación del misterio de la Encarnación, la donación salvífica que Dios hace de sí mismo. María, mujer de fe y de una generosidad sin límites, se entrega a la voluntad del Padre y acoge sus deseos con total disponibilidad.

El papel de María es insustituible, ya que si el anuncio del nacimiento del Mesías se tradujo efectivamente en su Encarnación, fue porque ese anuncio encontró eco en la disponibilidad de esta joven de Nazaret desposada con José.

Además, aunque siempre se subraye la disponibilidad de María, no hay que olvidar también que la Anunciación la sorprende, y que no sabe en absoluto cómo conciliar las palabras del ángel con el sentimiento de no saber en qué consiste lo que le propone.

El ángel viene a visitar a esta joven en un pueblo perdido del que nadie espera que salga nada bueno, y a ella ha dirigido y seguirán dirigiendo los ojos generaciones y generaciones de cristianos. Para felicitarla, pero también para aprender ella, que aceptó entrar tan íntimamente en el misterio de los misterios, como mujer de oración completamente dócil, pero que no renuncia a entender cómo puede ocurrir en ella lo que le garantiza el ángel.

El “sí” de María a la voluntad de Dios marca el final de todo el diálogo, que recuerda a todos los hombres y mujeres “seducidos” por Dios, llamados y enviados para implicarse en su obra. Se trata de admitir, por la fe, que “nada es imposible para Dios”. La respuesta de María: “Aquí está la esclava del Señor”, no es tanto un acto de humildad cuanto un acto de fe, y un acto que expresa su voluntad de cooperar a la gloria de Dios.

Una vez que se fue el ángel, María se queda sola, pero a la vez “llena de gracia” y segura de que Dios la ha convertido en objeto de su amor, y que sobre ella descansa la sombra de su poder. Por eso, sale de su encuentro extraordinario con Dios deseosa de ser su esclava.

Para la reflexión:

- ¿He tenido alguna experiencia de “anunciación”, alguna vez me han propuesto colaborar en alguna tarea eclesial? ¿Cómo me sentí? ¿Me creo que Dios también me llama, como a María?
- En el día a día del seguimiento del Señor, ¿qué me hace preguntar «*Cómo será eso...*»? ¿Qué hago para buscar respuesta? ¿Me fío de Dios, como María, aunque no acabe de entender?
- ¿Me siento “agraciado” por el Señor, soy consciente de que su Gracia puede actuar en mí y a través de mí? ¿Qué siento al respecto?

La visita de María a su prima Isabel - Lucas 1, 39-45

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: —«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.»

Después de la narración de la Anunciación, el evangelista Lucas nos guía tras los pasos de la Virgen de Nazaret hacia una ciudad de Judá. María llegó con prontitud para visitar a Isabel, su parienta, que también esperaba un hijo por el poder de Dios.

¿Por qué tiene Lucas tanto interés en señalar que María se puso en camino “de prisa”? Ciertamente para subrayar su caridad (Isabel ya estaba en el sexto mes de embarazo), pero también porque María, la llena de gracia, se siente impulsada por la fe a ir al encuentro de la señal del ángel, y sobre todo porque quiere compartir su alegría.

Saliendo del encuentro con el Señor en la Anunciación, María enseña cómo tiene que ser todo auténtico viaje misionero: ponerse en camino para llevar al Señor, a quien se lleva dentro, y con la fuerza que Él nos da, acercarnos al otro en sus necesidades para luego alabar juntos a Dios.

Más allá del mensaje cristológico (la salvación que se acerca a Israel, representado por Isabel, a través de María, nueva Arca de la Alianza que lleva al Señor) el episodio de la Visitación en que dos mujeres corren a abrazarse, es rico en importancia para la oración.

Lo que en Él se vive es un dar-recibir contemplativo en el poder del Espíritu, que después de bajar sobre María llena ahora a Isabel. María, saludada por el ángel, saluda a su vez a Isabel. Y lo mismo que el saludo del ángel había llevado a María primero a turbarse y luego a una total disponibilidad, su saludo hace saltar de alegría el seno de su prima y que llegue a ella la plenitud del Espíritu: Isabel, gracias al Espíritu, reconoce en María la bendición de Dios y por eso puede llamarla dichosa.

El encuentro entre las dos primas visitadas por el Espíritu, cada una a su manera, se convierte en oración para cantar las maravillas de la salvación operadas no sólo en María, sino también a su alrededor. Una oración en que la alegría y la exultación provocadas por el Espíritu se tornan en compartir y en caridad recíprocos.

Para la reflexión:

- ¿Siento “prisa” por el Señor, me siento movido a comunicar y compartir mi experiencia de fe con otros? ¿Es para mí una alegría compartir con otros creyentes mi experiencia de fe?
- ¿Soy consciente de que mi experiencia de fe puede ayudar a que otros también vivan esa experiencia y se llenen del Espíritu?
- En la Visitación encontramos un dar-recibir en la fe por el Espíritu Santo. ¿He descubierto la necesidad de vivir la fe en comunidad, como Iglesia? ¿Me doy cuenta de que en ese compartir mutuo yo enriquezco a otros y también soy enriquecido por el testimonio de fe de otros?

Presentación de Jesús en el templo - Lucas 2, 22-40

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios. Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre:

«Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

En el episodio de la presentación de Jesús en el Templo aparece claro que María no es una simple espectadora del misterio de su Hijo. Aunque en silencio, está activamente presente en la ofrenda y acepta implicarse en el destino de su Hijo.

El episodio de la presentación sólo atañe directamente a Jesús, pero una vez más Lucas ha querido introducir en él a la madre de Jesús y hacerla participar en él estrechamente. María y José, al ofrecer su hijo a Señor, no sólo cumplen la Ley de Moisés referente a todos los primogénitos de Israel, sino que, sin saberlo, anticipan la ofrenda única de Cristo.

Aparentemente María y José cumplen las simples prescripciones de la Ley, pero Simeón subraya el alcance mesiánico de esa ofrenda. Se trata del Hijo, pero la Madre está llamada también, como ningún otro, a jugar un papel de primer orden: “*Y a ti una espada te atravesará el alma*”. Aquí el corazón designa toda la persona de María; y en el lenguaje bíblico, la espada simboliza con frecuencia la Palabra de Dios, una Palabra que se hará definitiva con el Mesías, “*luz para alumbrar*”, pero también “*bandera discutida*”.

El silencio de María ante la dura profecía que le dirige Simeón pone de manifiesto su plena aceptación. Al ofrecer a su Hijo como mandaba la ley del Señor, María reconoció que no era suyo, sino que pertenecía a Dios, y en las palabras de Simeón comprendió que tendría que participar de manera personal en una misión que se anunciaba dolorosa. Y esta ofrenda personal tendrá que renovarla a lo largo de toda su vida, cerca o lejos de su Hijo.

Para la reflexión:

- Como Simeón, ¿sé reconocer la presencia de Dios en lo cotidiano de la vida?
- ¿Sé presentar con humildad a Jesús, como lo hicieron María y José?
- Como María, ¿Estoy dispuesto a aceptar que la Palabra de Dios sea “una espada que atravesará mi corazón”? ¿Asumo los dolores y sinsabores del seguimiento del Señor?

ACTUAR:

Las bodas de Caná - Juan 2, 1-11

En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: - «No les queda vino.»

Jesús le contestó: - «Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.»

Su madre dijo a los sirvientes: - «Haced lo que él diga.»...

María aparece aquí como madre de Jesús al comienzo de su vida pública. De modo significativo, María contribuye al comienzo de las señales que revelan el poder mesiánico de su Hijo. Aunque la respuesta de Jesús a su madre parezca un rechazo, María se dirige a los criados y les dice: *“Haced lo que Él os diga.”*

Jesús, en un primer momento, parece rechazar la intervención de su madre. Jesús toma distancias respecto a su madre para mostrarle, lo mismo que a todos, que va a comenzar ese cambio radical (como el agua en vino) pero cuando sea *“su hora”*, no la que le digan los demás.

Y en esta perspectiva es donde Juan ha querido situar a María, que es la primera de todos los discípulos que manifiesta su fe en Jesús. Su oración, más que de intercesión, es una oración de abandono total en la voluntad de Dios que va a manifestarse en su Hijo. Sin saber cuáles son las intenciones reales de Jesús, se rinde por completo a lo que Él quiera hacer.

Sumamente cercana a Él como madre, sabe sin embargo hacerse a un lado y dice a los sirvientes: *“Haced lo que Él os diga”*. De madre de Jesús se convierte en su esclava, esperando en la fe únicamente lo que Él quiera hacer. Su relación con su Hijo se convierte de física en completamente espiritual, en el mismo plano que cualquiera de los otros discípulos.

“Haced lo que él os diga” son las últimas palabras que el Nuevo Testamento nos transmite de María, y señalan a ésta como el modelo de los creyentes. María no es alguien que lleva a su Hijo a cambiar de opinión, como si tuviese necesidad de que se le recuerde la misericordia, sino alguien que acepta en todo su voluntad y enseña a los demás a hacer otro tanto.

“Haced lo que él os diga”, más que un consejo, es la actitud del corazón fiel y orante de María. Ésta es la orientación de toda oración que, aunque nazca de una necesidad concreta (*“no les queda vino”*), debe someterse siempre a la voluntad sabia de Dios. No oramos para ser escuchados, sino para escuchar a Dios, es decir, para dejar que sea Él quien decida qué es lo mejor para el proyecto que Él tiene sobre nosotros.

Jesús, al escuchar la oración de María, la hace participar en su camino, que empieza a manifestarse con el primero de sus signos que revela su gloria a los suyos y al mundo. Y con ello la convierte en el modelo de los discípulos. Ellos creyeron en Él, pero tendrán que seguirlo hasta el cumplimiento pleno de los signos en la realidad de la cruz.

Para la reflexión

- ¿Soy sensible a las situaciones de carencia o necesidad de las personas de alrededor? ¿Las llevo a la oración, las presento a Jesús?
- ¿Acepto esperar a que llegue “la hora” de Jesús, esperando en la fe a que Él actúe?
- ¿Soy capaz de decir “*Haced lo que Él os diga*”? ¿Hago yo lo que Él dice, acepto la voluntad de Dios?

María al pie de la cruz - Juan 19, 25-27

En aquel tiempo, junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: -«Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego, dijo al discípulo: -«Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

El arco de la manifestación de la “gloria” de Jesús, que se abre en el signo de Caná, se cierra en la cruz. Más aún, tanto en Caná como en el Calvario, a María se la presenta como Madre de Jesús y éste se dirige a ella llamándola “mujer”.

María, que en el resto del cuarto Evangelio permanece escondida entre los discípulos más desconocidos, vuelve a aparecer en el momento en que la hora alcanza su cénit y en que Jesús tiene conciencia de que todo ha terminado.

Los sinópticos mencionan la presencia a distancia de varias mujeres en el Calvario, entre ellas María la Magdalena, pero no la de María. En Juan, al contrario, están cerca y entre ellas se destaca la Madre de Jesús. Jesús, poco antes de inclinar la cabeza y expirar, le confía al discípulo y la confía a ella al discípulo. De esa manera convierte a su madre en Madre de cuantos crean en Él, cuyo representante es el discípulo a quien tanto quería. Jesús abre una dimensión que va mucho más allá de la preocupación de un hijo por su madre viuda y sola: Jesús constituye a María en Madre de todos sus discípulos, presentes allí en la persona de Juan, y por tanto en “Madre de la Iglesia”.

Este papel trasciende la misma persona de la Virgen, como la trasciende también su papel de Madre de Dios; pero junto a esta función materna que sólo puede provenir del poder del Altísimo, no podemos olvidar su desgarramiento interior y su reacción personal. Con razón la devoción milenaria de los fieles la ha venerado como la Dolorosa. ¿Qué ocurre en su interior al pie de la cruz de su Hijo? María acepta ser “mujer de dolores”, acepta que la grandeza de su Hijo, que el ángel le anunció en Nazaret, se manifieste en esa reducción de Jesús a la situación de desprecio del pueblo.

Sin duda María oró en esos momentos, uniéndose al grito y al abandono de su Hijo, sostenida por las mismas palabras de los Salmos. Pero su oración coincide, sobre todo, con su presencia, de pie, “junto a la cruz de Jesús”.

Sorprende que en el cuarto Evangelio se hable tan poco de María, hasta el punto de que ni siquiera se menciona su nombre. Pero precisamente esa sobriedad refleja el realismo de la presencia de María al lado de un Hijo que no vino a que lo sirvieran sino a servir. Tras las huellas de Jesús, y sobre todo al pie de su cruz, ella aprendió que las grandes cosas del Todopoderoso, que había proclamado en el Magnificat, sólo suceden en esa entrega total de uno mismo.

En eso María imita a su Hijo, que da su vida libremente y que enseña que si el grano de trigo no cae en tierra no muere ni da frutos. La exaltación de los humildes y la humillación de los soberbios no se produce necesariamente con una inversión de las situaciones sociales, sino cuando renunciemos a nosotros mismos y carguemos con la cruz siguiendo a Jesús. Esto vale para todos, y en primer lugar para María, su Madre. Su oración al pie de la cruz consiste en acoger el dolor de su Hijo y de todos los demás hijos en los que está llamada a reconocerlo a Él, ella más que cualquier otro discípulo.

Para la reflexión:

- ¿Acepto la cruz, como camino de salvación, porque manifiesta la gloria de Dios?
- ¿Acompaño “al pie de la cruz” a alguien? ¿Cómo lo hago?
- ¿Veo en María un modelo para aguantar los “dolores” de la cruz, propia o ajena, manteniendo la esperanza?

Pentecostés - Hechos de los apóstoles 1, 14.2, 1-11

Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús... Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

La última mención que se hace de María en el Nuevo Testamento la fija en medio de la Iglesia en oración, con el grupo de los discípulos que esperaban al Espíritu que Jesús les había prometido. Aunque María, en virtud de su misión excepcional y única, haya sido inundada desde el principio por el Espíritu Santo, no queda separada del resto de Iglesia que va a nacer por el mismo poder el Espíritu que engendró en ella al Mesías, Hijo de Dios. La Iglesia aprende de ella la constancia en la espera y la actitud de un corazón abierto a la gracia.

Mientras estaban todos reunidos, se llenaron todos de Espíritu Santo. Ese “todos” incluye también a María, que definitivamente iluminada acerca de lo que ya había experimentado y creído de su Hijo, se convierte ahora en testigo, silencioso pero único, en medio de sus discípulos.

Los Doce podrán decir cosas en razón de su experiencia al lado del Maestro, pero hay cosas que ni siquiera ellos conocen y que sólo María, en virtud de su relación única con su Hijo y desde su fe, puede contar a toda la Iglesia.

Ella ha creído antes que ellos y, en su calidad de Madre de Jesús, los precede y los guía en ese camino de la espera que ella conoce tan bien. María tiene también en la fe, una experiencia del Espíritu que ni siquiera los apóstoles conocen. La Iglesia va a ser introducida en la experiencia que María vivió ya en su intimidad y al lado de su Hijo.

María, modelo de oración, nos enseña, pues, a pedir con asiduidad y constancia la única cosa que el Padre no puede ni quiere negar a los suyos cuando le piden: el Espíritu Santo, ese Espíritu que puede convertirnos a todos en madres, hermanos y hermanas de Cristo, capaces de hacer que Él crezca en nuestros corazones, de guardar sus palabras y de ser testigos suyos.

Para la reflexión:

- ¿Puedo afirmar que persevero en la oración, tanto individual como comunitariamente?
- *Los Doce podrán decir cosas en razón de su experiencia al lado del Maestro, pero hay cosas que ni siquiera ellos conocen y que sólo María, en virtud de su relación única con su Hijo y desde su fe, puede contar a toda la Iglesia.*
¿Qué descubro en María que me ayuda a conocer mejor a Jesús?
- ¿Qué lugar ocupa María dentro de mi vida de fe? Como María, ¿me siento también llamado y enviado, con la fuerza del Espíritu Santo, a ser testigo de Jesús Resucitado?

Retiro: **LLAMADOS Y ENVIADOS... COMO MARÍA**

(Extraído de la Revista Orar, n° 143)

HÁGASE EN MÍ SEGÚN TÚ PALABRA,
HÁGASE EN MÍ SEGÚN TÚ SUEÑO,
HÁGASE EN MÍ SEGÚN TÚ QUIERAS,
HÁGASE EN MÍ TU AMOR.

En la luz o en la tiniebla,
en el gozo o el dolor,
en certezas o entre dudas,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

En la riqueza o la nada,
en la guerra o en la paz,
en la fiesta o en el duelo,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

Envuelta en miedo o sosiego,
en silencio o con tu Voz,
en risas o entre sollozos,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

En la muerte o en la vida,
en salud o enfermedad,
frágil o fortalecida,
¡HÁGASE!, SEÑOR.

VER:

- ¿Cómo me imagino a María, hay alguna advocación a la que tenga especial devoción? ¿Por qué?
- ¿Qué sé de la Virgen María? ¿Qué diría de ella a alguien que me preguntase?
- ¿Qué es lo que más me llama la atención de su vida? ¿Por qué?

JUZGAR:

La Anunciación - Lucas 1, 26-38.

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando a su presencia, dijo: - Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres.

Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: - No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel: - ¿Cómo será eso, pues no conozco varón?

El ángel le contestó: - El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó: - Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

- ¿He tenido alguna experiencia de “anunciación”, alguna vez me han propuesto colaborar en alguna tarea eclesial? ¿Cómo me sentí? ¿Me creo que Dios también me llama, como a María?
- En el día a día del seguimiento del Señor, ¿qué me hace preguntar «*Cómo será eso...*»? ¿Qué hago para buscar respuesta? ¿Me fío de Dios, como María, aunque no acabe de entender?
- ¿Me siento “agraciado” por el Señor, soy consciente de que su Gracia puede actuar en mí y a través de mí? ¿Qué siento al respecto?

La visita de María a su prima Isabel - Lucas 1, 39-45

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: - «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.»

- ¿Siento “prisa” por el Señor, me siento movido a comunicar y compartir mi experiencia de fe con otros? ¿Es para mí una alegría compartir con otros creyentes mi experiencia de fe?
- ¿Soy consciente de que mi experiencia de fe puede ayudar a que otros también vivan esa experiencia y se llenen del Espíritu?
- En la Visitación encontramos un dar-recibir en la fe por el Espíritu Santo. ¿He descubierto la necesidad de vivir la fe en comunidad, como Iglesia? ¿Me doy cuenta de que en ese compartir mutuo yo enriquezco a otros y también soy enriquecido por el testimonio de fe de otros?

Presentación de Jesús en el templo - Lucas 2, 22-40

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios. Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: - «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

- Como Simeón, ¿sé reconocer la presencia de Dios en lo cotidiano de la vida?
- ¿Sé presentar con humildad a Jesús, como lo hicieron María y José?
- Como María, ¿Estoy dispuesto a aceptar que la Palabra de Dios sea *“una espada que atravesará mi corazón”*? ¿Asumo los dolores y sinsabores del seguimiento del Señor?

ACTUAR:

Las bodas de Caná - Juan 2, 1-11

En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: - «No les queda vino.»

Jesús le contestó: - «Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.»

Su madre dijo a los sirvientes: - «Haced lo que él diga.»...

- ¿Soy sensible a las situaciones de carencia o necesidad de las personas de alrededor? ¿Las llevo a la oración, las presento a Jesús?
- ¿Acepto esperar a que llegue “la hora” de Jesús, esperando en la fe a que Él actúe?
- ¿Soy capaz de decir *“Haced lo que Él os diga”*? ¿Hago yo lo que Él dice, acepto la voluntad de Dios?

María al pie de la cruz - Juan 19, 25-27

En aquel tiempo, junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: -«Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego, dijo al discípulo: -«Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

- ¿Acepto la cruz, como camino de salvación, porque manifiesta la gloria de Dios?
- ¿Acompaño “al pie de la cruz” a alguien? ¿Cómo lo hago?
- ¿Veo en María un modelo para aguantar los “dolores” de la cruz, propia o ajena, manteniendo la esperanza?

Pentecostés - Hechos de los apóstoles 1, 14.2, 1-11

Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús... Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

- ¿Puedo afirmar que persevero en la oración, tanto individual como comunitariamente?
- *Los Doce podrán decir cosas en razón de su experiencia al lado del Maestro, pero hay cosas que ni siquiera ellos conocen y que sólo María, en virtud de su relación única con su Hijo y desde su fe, puede contar a toda la Iglesia.* ¿Qué descubro en María que me ayuda a conocer mejor a Jesús?
- ¿Qué lugar ocupa María dentro de mi vida de fe? Como María, ¿me siento también llamado y enviado, con la fuerza del Espíritu Santo, a ser testigo de Jesús Resucitado?